

## Goldman, la ética de la escritura

Ricardo Roque Baldovinos\*

El cuarto libro de Francisco Goldman, publicado en 2007 en inglés en los Estados Unidos y todavía sin traducir al castellano, es un voluminoso libro de *non-fiction*, *The art of political murder: who killed the bishop?*, salido bajo el sello de la editorial neoyorkina Grove Press. Como el título lo sugiere, trata de abordar exhaustivamente la verdad en torno al caso del obispo Juan Gerardi, asesinado en 1998, apenas un par de días después de que la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, que él presidía, presentara su extenso informe sobre los crímenes de guerra cometidos durante el largo conflicto de ese país, y donde se señalaba como principal perpetrador y responsable al ejército nacional.

Goldman es un escritor norteamericano de ascendencia guatemalteca, que se ha dado a conocer en la escena literaria con sus tres novelas, *The long night of white chickens*, *The ordinary seaman* y *The divine husband*, cuyas traducciones han sido publicadas por la prestigiosa casa editorial española Anagrama. Pero el autor también tiene trayectoria profesional como periodista investigativo, y su cuarto libro es la ampliación de una investigación que había realizado para la revista *The New Yorker*. En estas reflexiones en torno al último libro de Goldman, sin embargo, no me interesa discutir su valor de verdad, como documento periodístico o histórico. No me considero en la capacidad de hacerlo, porque mi conocimiento sobre el caso del asesinato del obispo Gerardi, en particular, o la historia reciente de Guatemala, en general, es somero. Me interesa, entonces, discutirlo como texto literario, es decir, como

\* Jefe del Departamento de Letras, Comunicación y Periodismo, UCA. Correo electrónico: roque@comper.uca.edu.sv.

un documento donde se vuelven visibles las implicaciones del acto de escritura.

Según Aristóteles, la poesía —es decir, lo que hoy llamaríamos literatura— es un modo de cognición que implica su propia verdad. No la verdad del apego a los hechos mismos, sino una dimensión de verdad que apunta hacia sus sentidos profundos. En este caso, lo literario nos remite, pues, a una indagación del sentido de la historia reciente de Guatemala que se revela al escribir sobre un caso del que se ha escrito tanto, pero sobre el que mucho ha quedado oscurecido por el ruido que usualmente acompaña a los grandes sucesos mediáticos. Salta a la vista que el libro de Goldman no es una obra de ficción narrativa, pero tampoco es un reportaje periodístico clásico. Si nos tomáramos muy en serio las clasificaciones genéricas, podríamos adjudicarle, sin problemas, un antecedente en la novela-reportaje, como llamó en su momento Truman Capote a su ya clásica obra *In cold blood* (traducida al español como *A sangre fría*). En esta zona intermedia entre la ficción y el documento, pues, se levanta el problema de las implicaciones de las formas y el reto que tiene una realidad como la de los países centroamericanos, que reclama una reinención de estos géneros.

¿Cómo escribir entonces sobre un asesinato como el de monseñor Gerardi, que conmovió la conciencia de la sociedad guatemalteca e hizo aflorar males y temores que estaban firmemente imbricados en su tejido? La novela policial clásica, como lo muestran las novelas negras de Rodrigo Rey Rosa u Horacio Castellanos Moya, es inverosímil en sociedades como las de El Salvador o Guatemala. “Todos saben quiénes son los asesinos”, exclama el narrador de *Insensatez*, de Castellanos Moya, como algo que se le revela a lo largo de sus angustiosas peripecias luego del asesinato de un obispo que viene a ser una transposición ficticia del caso de monseñor Gerardi. En nuestros países, el asesinato no puede ser misterio porque todos saben quiénes son los asesinos.

Como sabemos, en la novela policial como forma emblemática de la modernidad se plantea el asesinato como la última aventura en la

jaula de hierro de las sociedades burguesas. El género alcanza su inmensa popularidad y su arraigo en el imaginario contemporáneo gracias a que la libido del ciudadano normal se purga en ese juego de transgresión y restablecimiento de la ley que es la novela policial. Se goza el asesinato, considerado como una de las bellas artes de que hablaba De Quincey, pero se exalta la figura del policía, del detective que desenmascara al transgresor y lo entrega a la autoridad del Estado. En sociedades donde el Estado de derecho dista de estar consolidado, como en el caso de vastas zonas de la sociedad norteamericana en la primera mitad del siglo XX, especialmente durante los años de la Depresión, este juego se vuelve inverosímil y demanda la invención de nuevas formas que puedan hacer sentido de las realidades. Tenemos así la célebre novela negra que cultivan autores como Raymond Chandler y Dashiell Hammett. Allí no se celebra ya la infalibilidad del sistema legal en la figura del investigador, sino que se explora la posibilidad misma de la justicia a través de las peripecias de un héroe moralmente ambiguo en un medio social hostil y corrompido.

Otra cosa muy distinta viene a ser el asesinato político durante las guerras de baja intensidad centroamericanas. El asesinato asume, en el mejor de los casos, la máscara del enigma, pero su eficacia política viene precisamente de su carácter ostensible y ostentoso. Todos deben saber quiénes son los asesinos... y callarse. De este punto parte la aventura del libro de Francisco Goldman como hecho de escritura. Como hemos visto, tiene una difícil clasificación genérica y, además, se inserta de manera compleja en la escena literaria guatemalteca por el hecho de ser un libro escrito en inglés, escrito aparentemente para un público norteamericano, o en todo caso internacional. Podría considerarse un reportaje periodístico y sumarse a otros libros dedicados al caso. Sin embargo, el problema de la intervención de Goldman en el caso Gerardi no es tanto el silencio, sino el exceso de ruido, y el éxito relativo que ha tenido el arte de la difamación, especialmente al contar con la complicidad de los periodistas prestigiosos Maite Rico y Ber-

nard de la Grange. Es por eso que la verdad a la que apunta Goldman reclama una autoridad distinta a la del reportero investigativo, invocada en su momento por Rico y De la Grange. *The art of political murder* hace patente que la combinación peculiar de violencia física y simbólica de nuestros países reclama una reinención de los géneros, del lenguaje, para desentrañar en sus resortes íntimos al poder criminal. Por esa razón, *The art of political murder* es antes un acontecimiento literario que cala profundo en la realidad guatemalteca y centroamericana.

Que el autor de un reportaje se haga visible es un recurso largamente empleado en el periodismo de investigación. En estos casos, sin embargo, los momentos metanarrativos cumplen la función de reafirmar la autoridad del narrador como un investigador distanciado, profesional, capaz de mantener ecuanimidad y neutralidad en su capacidad de juicio. Las estrategias por las que el autor de *The art of political murder* se visibiliza en la textura de su relato son distintas. Son más bien una confesión de su involucramiento existencial con Guatemala, en su ubicación posnacional, como guatemalteco-norteamericano, y como escritor que se mueve en los circuitos internacionales. No es un periodista profesional y aséptico quien escribe la historia, es un escritor para quien Guatemala significa mucho más que una declaración de principios, y que está plenamente consciente de las implicaciones y las limitantes de los dispositivos de lenguaje a los que recurre.

*The art of political murder* se vincula a la tradición del reportaje periodístico por ser un intento de llegar a la verdad de los hechos, y no negamos que el libro deba examinarse y juzgarse a este nivel por su veracidad. Pero tampoco debemos perder de vista que trasciende el género reportaje porque, como dijimos al principio, hay una verdad más fundamental a la que aspira alcanzar. Es una verdad que solo se puede revelar a quien se involucra personalmente, para quien Guatemala y el esclarecimiento de la muerte del obispo significan mucho más que un triunfo profesio-

sional. Está en juego también su identidad, su peculiar vinculación con Guatemala, en su condición liminar de propio y extraño. Es un estatuto que le concede acceso a la intersubjetividad heredada de décadas de regímenes policiales, y la distancia y el privilegio para no dejarse poseer por ella. Como guatemalteco Goldman comprende de manera especial el sentir de los partícipes de la historia, pero como norteamericano sabe que dispone de los recursos para poder dedicar años a una investigación a fondo y del amparo de un Estado poderoso para estar relativamente a salvo del aparato de violencia que desentraña.

El relato de Goldman se convierte en un acontecimiento literario porque nos entrega una verdad que atañe a Guatemala como realidad histórica, como Estado y, especialmente, como nación a la que se abre la posibilidad de redimirse de un pasado oprobioso. La investigación del relato devela la extrema perversión del Estado moderno metamorfozando en un aparato dispensador de exclusión, violencia y mentira, y el efecto que esto ha tenido en el "alma" de los guatemaltecos, tanto victimarios como víctimas, al punto de transformarlos en una nación de espectros que viven por, de y para el miedo, y se vuelven ciudadanos precisamente en la interpelación terrorífica. En este sentido, *The art of political murder* viene a situarse en la perspectiva de dos clásicos de la literatura guatemalteca: *Ecce Pericles*, de Rafael Arévalo Martínez, y, especialmente, *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias. Este último libro puede leerse como una magistral radiografía de los procesos de subjetivación del proyecto de modernidad asumido por la dictadura. Porque la dictadura de Estrada Cabrera no es la negación de la modernidad, sino su *aggiornamento*. *El señor presidente* ilustra cómo los principios liberales, aplicados con sentido práctico y utilitario, acaban pariendo un Estado monstruoso que canibaliza a sus propios ciudadanos. Si Foucault afirma que la modernidad es una era de sobriedad punitiva en Europa Occidental, en el centro de la modernidad, cabría entonces hablar de una era de desmesura y ostentación punitiva en

la periferia. La violencia también se racionaliza y alcanza su máxima expresión en el Estado terrorista de las dictaduras, que no solo funciona por la aplicación brutal de la violencia, sino por la internacionalización de la misma en las subjetividades e identidades que engendra.

De allí el título *El arte del asesinato político*. A lo largo de décadas de relaciones sociales oprobiosas y dictaduras sanguinarias, el Estado guatemalteco, al igual que los de otras naciones centroamericanas que han sufrido el flagelo de las dictaduras militares, perfeccionó su propio arte, su propio genio: el arte del asesinato político. Es el arte del asesinato político que hemos heredado, que no hemos logrado conjurar del todo y que reclama una catarsis, una purga, que implica como primer momento la puesta en evidencia de sus mecanismos. El asesinato político logra la destrucción física del enemigo, destruye también su carácter o imagen pública, pero, más importante aún, amenaza destruir la integridad ética de los conciudadanos en juego sórdido de temor y complicidad; es decir, un sofisticado despliegue de tecnologías de calumnia e intimidación que transforma a los

interpelados en apologetas de lo inadmisibles, a exculpar al victimario y a culpar a la víctima. Como se decía en El Salvador en época de la represión del movimiento revolucionario: “por algo lo habrán matado” o, peor aún, “pobrecito, lo mataron y no era comunista...”. El poder sabe perfectamente qué teclas mover, qué temores atizar para provocar toda esta serie autodegradante de reflexiones por parte de cierta ciudadanía atemorizada y envilecida, que no logra concebir otro horizonte de socialidad que la brutalidad de la dominación.

Esclarecer el caso Gerardi en Guatemala, como los de monseñor Romero o los sacerdotes jesuitas en El Salvador, no implica únicamente aplicar la justicia al hecho en sí del asesinato, sino un complejo y doloroso proceso en el que la sociedad debe asumir sus propias enfermedades para romper con un pasado de oprobio e injusticia. El caso Gerardi es un caso concreto de justicia, donde se deben establecer las responsabilidades individuales, pero también es un símbolo del mal que se ha apropiado de nuestras sociedades y de la esperanza de conjurarlo.